

UN HOMBRE DEL RENACIMIENTO

José María de Areilza

Quiero expresar a Julio Caro Baroja la gratitud que le debemos por la riqueza que nos ofrece su personalidad. El mecenazgo espiritual es la forma suprema de la generosidad humana. Quien da de lo suyo, de su talento, de su cultura a los demás, y lo hace con gratitud, reparte los mejores bienes; aquellos que no perecen. Julio Caro es un hombre de los que el Renacimiento llamaba de “dobre estrella” y aun de múltiple brillo estelar. Sus vertientes son proteicas. Es investigador del pasado remoto y recoge costumbres, hábitos, formas de vida, trajes, creencias, leyendas, supersticiones y utensilios. Se asoma a la historia y analiza con penetración, con originalidad y con rigor implacable épocas y episodios que ilumina con nueva proyección. Recorre Navarra y la tierra vasca y levanta planos y dibujos, de bellísima factura, de ciudades, monumentos, palacios y casas armeras en trance de extinción. Toma el pincel y compone una serie de obras de arte que rezuman sentido pictórico, fantasía evocadora, dibujo firme y predominante, y un halo misterioso de poesía.

Julio Caro es, a la vez, historiador, arqueólogo, escritor, dibujante y pintor excepcional. Su vena literaria e irónica, para muchos inédita, es un regalo para los escasos conocedores de esa faceta suya. En él confluyen linajes y genes que han hecho posible esta eclosión singular. Viene su raza del Bidasoa y del Pirineo, que es tanto como decir que es hombre de frontera, de la montaña y de la mar. Pero en su estirpe no dejamos de poner en primer término a su sangre italiana, la de su padre Rafael Caro Raggio, el hombre que renovó la edición española, con un nuevo estilo, en aquellos libros de Azorín y de Baroja que yo, de adolescente, leía y compraba, en los que la oscura silueta de Erasmo aparecía sobre el lomo del volumen, tocado de una grande boina de txapel-aundi. Lo itálico está también presente en Julio Caro, por el apellido Nessi, que viene del lago de Como, ese caudal de agua cristalina que baja del Alpe germánico a fecundar con su corriente las riberas del Po que conoció Leonardo, otro ser excepcional que llegó hasta el último límite del arte y de la ciencia para demostrar con su vida las ilimitadas fronteras del espíritu del hombre en su afán de interrogarse sobre su destino.

Pero Julio es, asimismo, Baroja, y pertenece a esa gran dinastía vasco-navarra que configuró una época en la historia de nuestra cultura. Pío Baroja trajo a las letras de España un arte de narrar que tropezaba, a veces, con la gramática, pero que nunca dejó de expresar en forma directa y poética lo que las cosas decían al espíritu del escritor. Baroja tomó la historia del ochocientos y la resucitó, con miles de personajes que pululaban por las páginas de sus novelas, como un mundo activo y trepidante que se consume en la aventura y en la acción. Sus protagonistas viven en la rebeldía y en el insobornable espíritu de independencia frente al convencionalismo burgués. Sus cinco obras maestras de la temática vasca, “Zalacaín”, “Jaun de Alzate”, “La casa de Aizgorri”, “El mayorazgo de Labraz” y “Las inquietudes de Shanti Andia” han llevado al más alto grado del temblor estético la gesta de nuestro pueblo, que no ha sido muy contada en crónicas, pero que ha sido, por la magia de la pluma barojiana, convertida en perfección literaria. Julio vivió y vive en la casona de Itzea, reinventada por don Pío, junto a los suyos, que se repartían las tareas del elenco familiar. Ricardo, con su genial originalidad, llevaba al lienzo el dramatismo de la vida. Doña Carmen, la madre de Julio, era un ser de exquisita cultura y sensibilidad dotada de señera pluma. La casa solar de los Alzate era como una gran colmena del arte en que cada uno elaboraba su parcela de miel con el polen recogido en las flores de la vida.

Son admirables estas viejas casas de nuestro solar vasco-navarro. En ellas, pese a los tiempos cambiantes, se remansa todavía la parte más viva de nuestra tradición. No es un problema de gradación de linajes —en esta tierra nuestra todas las hidalguías son originarias; es decir, que los vascos se igualan por arriba, no por abajo— sino del contenido que tienen, de lo que les han conferido con su vida, con su personalidad, con su trabajo, quienes las habitaron. Mauriac, que era casi vasco, un gascón bordelés, cultivador de viñedos y dueño de pinares, tiene un pasaje famoso en una de sus novelas en que habla de las casas familiares, de las casonas. Dice, poco más o menos, así: “Las casas viven y mueren. Hay algunas que no han vivido nunca por mucha gente que las haya habitado. Las que son de la especie viva, nada tienen que temer de la muerte de los seres que la habitaron, porque cada muerte las enriqueció con su recuerdo”. Así es “Itzea”: un solar enriquecido por el sedimento del espíritu de sus últimos pobladores.

Yo recuerdo mi última visita en la tarde del Año Nuevo a los Caro Baroja en la casona pirenaica. Llovía en Vera, de forma insistente y espesa. Julio Caro nos aseguró al llegar que en la tierra vasca la lluvia no moja apenas a la gente porque el agua que cae forma parte habitual del entorno invernal. La casa estaba bellamente iluminada, con los suelos de anchos tablones relucientes, la plata bruñida, los cristales límpidos. Nos sentamos en círculo junto a la gran chimenea en la que ardían astillas de enorme dimensión, ramas abiertas en sentido longitudinal, de celulosa seca y crepitante. Las llamas brotaban, palpitando en el hogar con sus formas y colores cambiantes. Julio se sentó en

un sitial de la barandilla que se extiende a ambos lados de la campana. Josefina se puso en el otro extremo. Y así empezaron, al calor del fuego, nuestras horas redondas de conversación.

Desde que apenas quedan chimeneas de leña, se ha roto uno de los eslabones decisivos que servía de base a las tertulias de antaño. Los asistentes se arracimaban entonces en torno a la caldeada atracción que ejercen los troncos que arden. Julien Green explica en su “Journal” que existen en la naturaleza tres espectáculos que cautivan el interés del hombre en ininterrumpida fascinación, sin que se canse de contemplarlos. Uno es el ver caer la nieve. Otro es contemplar cómo rompen las olas. El tercero es mirar al fuego de la chimenea. Según Caro Baroja hay un médico etnólogo que atribuye a los genes esta sugestión pirómana que hipnotiza nuestra mirada. Durante miles de años, el hombre se enfrentaba con el espectáculo del fuego doméstico en cavernas prehistóricas, a la vez con reverencia y con temor.

Julio llevaba puestos unos calcetines de lana blanca de pastor antiguo y unos borceguíes de cuero de andarín montaño. Pío llevaba chapela y “chandal” verde. La “etxeko-andre” vestía con elegante sobriedad. Los tres vivían solos con los hijos del matrimonio Pío-Josefina en esta inmensa casa en la que se acumulan tesoros de las artes, de las letras y de la artesanía vasco-navarra. “Itzea” no es un museo, sino una casa viviente que corresponde a una familia que la disfruta en su funcionalidad.

Julio Caro nos dijo que ha investigado con rigor científico, y paralelamente, la identidad de los vascos y el pasado esencial de España. Afirmar la personalidad de un pueblo como el vasco es una noble e ingente tarea que en ningún caso puede hacerse de modo excluyente. Las aportaciones a esa definición colectiva vienen dadas por el caudal que aportan las sucesivas generaciones; con su lenguaje; sus preocupaciones; sus hábitos y creencias; y el sistema de ideas predominantes en cada época. Quien no integre todos esos valores —sin dejar fuera ninguno— no cumplirá la función de historiador, con fidelidad y veracidad. Tampoco es posible admitir un dogmático criterio unitario para definir la idea de España. La comunidad hispana es un resultado o una síntesis de aportaciones que representan una meta de llegada y no un imaginario punto de partida. Una y otra versión, la de la identidad de Euskal-Herria y la de la colectividad española, deben hacerse visceralmente compatibles y no cicateramente competidoras.

Chisporroteaban los leños bajo el manto de la campana anchurosa. Grabados; mapas; retratos de personajes decimonónicos cuelgan de las paredes del salón. Una mirilla permite vigilar la caja de la escalera sin abandonar la tertulia y el calor. “Itzea” se cierra por sus propietarios en la mitad norte en invierno, y se disfruta hasta la primavera en la otra mitad que se orienta al Mediodía. Cuando salimos al aire de la noche sigue cayendo el chubasco interminable que hace sonar como río caudaloso a la regata que baja de Ibardin.

Desde el portón, flanqueado por piedras heráldicas, nos saludó Julio con una punta de ironía, como la que gastaba su pariente Michel de Montaigne, cuando convertía en “Ensayos” los comentarios agudos a sus lecturas de curioso universal, con las que alimentaba su espíritu.

Olite es uno de los grandes núcleos arqueológicos de la historia de Navarra. Aquí, cenando junto al palacio del Rey noble, que fue también cautiverio de la Reina Blanca y ámbito de juventud de don Carlos, Príncipe de Viana, nos pareció estar en el lugar adecuado para rendir homenaje a quien dedicó tantas y tan fecundas horas de su trabajo a inclinarse sobre el pasado de este reino pirenaico con amor, que es sólo quien da la vocación a las almas. Don Carlos es uno de los personajes de nuestra historia que es más fascinante que conocido; más compadecido que admirado; más vivo en el recuerdo popular que muchos reyes y príncipes de renombre. ¿Por qué fue así? Acaso porque la desventura reiterada acaba por enternecer al pueblo. Quizás porque su enfrentamiento con el ladino rey Trastámara, Juan II, le dio una aureola de hijo malquerido. Posiblemente porque Juana Enríquez se hizo una mala reputación de madrastra, tema siempre neurálgico en el desencadenamiento de las fobias populares. O quién sabe si por aquello de que su muerte pudo deberse al veneno, muerte tan de moda en esa época.

Tengo para mí que hubo otros motivos para los que no tengo fundamento histórico y documental, pero me atrevo a desgranar una confidencia susurrada. ¿Y si Carlos de Viana fuera un símbolo del primer carlismo? ¿Una versión anticipada y popular del Príncipe que defiende el fuero de su pueblo y la legitimidad de su dinastía? ¿No era de algún modo el hombre que respetaba la identidad navarra y también la de Cataluña —en donde había rebeliones en su favor— en un concepto antagónico al “castellanismo” de los Trastámara? ¿No era, asimismo, un Príncipe renacentista, rico de lecturas, historiador de Navarra, aficionado a las bellas artes, humanista, influido por la cultura italiana que su tío, el Rey de Nápoles, le hizo conocer y saborear, como un deleite anticipado del humanismo que avanzaba sobre la Europa del cuatrocientos como una promesa de libertad y de emancipación del pensamiento?

En todo caso, creo que hay algo de cierto en esa libre interpretación mía del personaje y ningún patronato más adecuado para rendir nuestro tributo a Julio, que es también humanista de vastísima y extendida cultura y símbolo del renacimiento vasco y navarro. Renacimiento que no hay que buscar en la política, que es cosa transitoria, sino en profundizar hacia las raíces de un pueblo con autenticidad, no para tratar de demostrar un dogma o una tesis, sino para buscar los fundamentos de la verdad, sea ésta histórica, étnica, filológica o cultural. ¡Y qué grandes servicios a la verdad ha prestado Julio Caro Baroja con su pluma independiente de investigador en estos últimos años!

Julio Caro Baroja puede ser calificado como “un hombre del Renacimiento”. ¿Qué fue el Renacimiento? En parte fue el descubrimiento de la antigüe-

dad clásica y trajo consigo el concepto del “humanismo”. Pero, junto a ello, consistió también en el descubrimiento del hombre y del mundo, es decir, los dos pilares del espíritu moderno. Un pensador español, Luis Racionero, ha escrito agudamente que el Renacimiento “fue producto de una inmensa, fructífera y continuada tertulia” que se produjo con la aparición de las ciudades a escala humana capaces de fomentar la creatividad cultural. Florencia era en tiempo de Lorenzo de Médici una interminable tertulia de la que surgieron artistas, pensadores, poetas, arquitectos y cuanto produce el libre intercambio de las ideas. Cuando Pico de la Mirandola escribe su manifiesto sobre la dignidad del hombre está, en realidad, abriendo paso al sentido profundo de la cultura de nuestro tiempo.

En ese contexto histórico veo yo a la figura de Julio Caro Baroja. Nada de lo humano le es ajeno. Y él conoce que el ámbito de las formas no es un marco cerrado y dogmático sino un espacio de creación en el que palpita libremente el espíritu. ¡Que las horas de la plenitud y de la sabiduría que Julio tiene por delante nos hagan gozar de su presencia en la tertulia de los amigos que no tiene fin!